

dióse orden de avance á las seis piezas del nuestro, y por un instante el pánico y desorden del enemigo fueron extraordinarios. Para concertarse de nuevo y formar otra vez sus columnas, tuvieron que retroceder al otro lado del puente del Herrumblar. Viéndoles en mal estado, se trató de lanzar todà la Caballería en su persecución; pero varias de sus piezas, desmontadas por nuestras balas, obstruían el camino, también entorpecido con los espaldones que habían empezado á formar. Hasta entonces sólo habíamos sido atacados por una parte de las tropas enemigas, pues la división de Barbou, algo rezagada, no estaba aún en el campo francés.

Los franceses no tardaron en intentar la adquisición del puente perdido. Su primer ataque fué débil; el segundo violentísimo. Oí contar, en la tarde de aquel mismo día, á un soldado de los tiradores de *Utrera*, presente en aquel lance, que los franceses, en su mayor parte militares viejos, cargaron á la bayoneta con furia sublime, que producía en los nuestros, además del desastre físico, una gran inferioridad moral. Me dijo que se espantaron, que en un momento viéronse pequeños, mientras que los franceses se agrandaban, presentándose como una falange de millones de hombres; que los vivas al Emperador y los gritos de cólera eran tan furiosamente pronunciados, que parecían matar también por el solo efecto del sonido; y que, últimamente, sintiendo los de acá desfallecer su entusiasmo, y al mismo tiempo un repentino, invencible cariño á la vida, abandonaron aquel puente mezquino, disputado con fiereza por dos naciones, y que al fin quedó por Francia. El efecto moral de esta pérdida fué muy notable entre nosotros. Advirtiósse al punto en todo el ejército como un estremecimiento de inquietud que, partiendo de aquel gran corazón com-

puesto de diez y seis mil corazones, se transmitía al tembloroso fusil, asido por la indecisa mano.

La pérdida del puente sobre el Herrumblar motivó un cambio de nuestras posiciones. Los generales conocían la inminencia de un ataque terrible, los soldados viejos la preveían, los bisoños la sospechábamos, y nuestros caballos, reculando y estrechándose unos contra otros, olían en el espacio la proximidad de una gran carnicería.

Eran las seis de la mañana, y el calor principiaba á dejarse sentir con mucha fuerza. Recibíamos ya en las espaldas aquel fuego que más tarde había de hacernos el efecto de tener por medula espinal una barra de metal fundido. No habíamos probado cosa alguna desde la noche anterior, y una parte del ejército ni aun en la pasada noche había comido nada. Pero este mal-estar era insignificante comparado con otro que desde la mañana principió á atormentarnos, la sed, que todo lo destruye, alma y cuerpo, infundiendo una rabia inútil para la guerra, porque no se sacia matando. Verdad que de Bailén salían en bandadas multitud de mujeres con cántaros de agua para refrescarnos; pero de este socorro apenas podía participar una pequeña parte de la tropa, porque los que estaban en el frente no tenían tiempo para ello.

VIII

Conociendo Dupont que nuestro centro y nuestra izquierda eran inexpugnables por entonces, determinó atacar nuestra ala derecha, esperando abrir en ella un boquete que les diera paso hacia Bailén. Su Artillería no cesaba de arrojar bala rasa, protegiendo la formación de las poderosas columnas que bien pronto de-

bían hostilizarnos. Al punto desplegamos en línea varios batallones, y sin esperar el ataque marcharon hacia el enemigo, amparados por dos piezas de Artillería. El primer momento nos fué favorable. Pero el olivar vomitó gente y más gente sobre nuestra Infantería. Por un instante, confundidas ambas líneas en densa nube de polvo y humo, no se podía saber cuál llevaba ventaja. Caían los nuestros sobre los imperiales, y la metralla enemiga les hacía retroceder; avanzaban ellos, y adquiríamos á nuestra vez momentánea superioridad.

Por largo tiempo duró este combate, tanto más cruel cuanto era más proporcionado el empuje de una y otra parte, hasta que al fin observamos síntomas de confusión en nuestras filas: vimos que se quebraban aquellas líneas compactas, que retrocedían sin orden, que chocaban unos con otros los grupos de soldados. Gritaban los jefes hasta quedarse sin voz, y todos se ponían á la cabeza de las columnas, conteniendo á los que flaqueaban y excitando con ardorosas palabras á los más valientes. El regimiento de *Órdenes*, uno de los más bravos del Ejército, se arrojó sobre el enemigo con una impavidez que á todos nos dejó maravillados. Su coronel, D. Francisco de Paula Soler, parecía dar fuego á todos los fusiles con la arrebatadora llama de sus ojos; con el gesto de su mano derecha empuñando la espada, que parecía un rayo; con sus gritos, que sobresalían entre el granizado tiroteo, sublimando á los soldados.

De tal modo arreciaron la metralla y la fusilería enemiga, que casi toda la primera fila del valiente regimiento de *Órdenes* cayó, cual si una gigantesca hoz la segara. Pero sobre los cuerpos palpitantes de la primera fila pasó la segunda, continuando el fuego. Como si los tiros franceses persiguieran con inteligente saña

las charreteras, el regimiento vió desaparecer á muchos de sus oficiales.

Reforzáronse también los enemigos, y desplegando nueva línea con gente de reserva, avanzaron á la bayoneta, pujantes, aterradores, irresistibles. ¡Momento de incomparable horror!... Figurábame ver á dos monstruos que se baten, mordiéndose con rabia, igualmente fuertes, y que hallan en sus heridas, en vez de cansancio y muerte, nueva cólera para seguir luchando.

Cuando las bayonetas se cruzaban, el campo ocupado por nuestra Infantería se clareó á trozos; sentimos el crujido de poderosas cureñas, rebotando en el suelo de hoyo en hoyo al arrastre de las mulas, castigadas sin piedad; los cañones de á 12 enfilaron el eje de sus ánimas hacia las líneas enemigas; los botes de metralla penetraron en el bronce; se atacaron con prontitud febril, y un diluvio de puntas de hierro, hendiendo horizontalmente el aire, contuvo la marcha del frente francés. Á un disparo sucedía otro: la Infantería, rehecha, flanqueaba los cañones; y para completar el acto de desesperación, un grito resonó en nuestro regimiento. Todos los caballos patalearon, expresando en su ignoto lenguaje que comprendían la sublimidad del momento; apretamos con fuerte puño los sables, y medimos la tierra que se extendía delante de nosotros. La Caballería iba á cargar.

Vimos que á todo escape se nos acercó un General, seguido de gran número de oficiales. Era el Marqués de Coupigny, alto, fuerte, rubio, colorado de suyo, y en aquella ocasión encendido, como si toda su cara despidiera fuego. Era Coupigny hombre de pocas palabras; pero suplía su escasez oratoria con la llama de su mirar, que era por sí una proclama. Pusimos atención, esperando que nos dijera alguna cosa; pero el

General ordenó con un gesto la dirección del movimiento, y nos miró después. No necesitamos más.

«¡Viva España! ¡Viva el Rey Fernando! ¡Mueran los franceses!» — exclamamos todos; y el escuadrón se puso en movimiento.

Estábamos formados en columna, y nos desplegamos en batalla sobre los costados, bajando de las alturas á buen paso, pero sin precipitación. Maniobramos luego para tener á nuestro frente el flanco enemigo; las tropas que por allí atacaban dicho flanco doblaron por cuartas para darnos paso por los claros; el jefe gritó: «¡Á la carga!»; picamos espuela, y ciegamente caímos sobre el enemigo como avalancha. Yo, lo mismo que D. Diego y los demás de la partida, íbamos en la segunda fila. Penetraron impetuosamente los de la primera, acuchillando sin piedad; los caballos bramaban de furor; sintiéndose heridos á fuego y á hierro. Algunos caían, dejando morir á sus jinetes, y otros se arrojaban con más fuerza, destrozando cuanto hallaban bajo sus poderosos cascos. Los de la primera fila hicieron gran destrozo; pero los de la segunda tuvimos mayor trabajo, porque, avanzando demasiado los delanteros, quedamos envueltos por la Infantería, lo cual atenuaba un poco nuestra superioridad. Sin embargo, destrozábamos pechos y cráneos.

Á pesar de esto, no retrocedían delante de nosotros. Ya se sabe que siendo el objeto de la Caballería producir un gran sacudimiento y pavor en las filas enemigas por la violencia del primer choque, cuando éste no da el resultado apetecido, y se empeñan combates parciales entre los caballos y una numerosa Infantería, los primeros corren gran riesgo de desaparecer, brutales masas, devoradas en aquel hervidero de agilidad y destreza. Hubo un momento en que me vi próximo á la muerte. Á mi lado no había más que dos

ó tres jinetes, que se hallaban en trance tan apurado como yo; nos miramos, y comprendiendo que era preciso hacer un supremo esfuerzo, acometimos á sablazos con bastante fortuna. Con esto y el pronto auxilio de la carga hecha en el mismo instante por la Caballería de *España*, salimos del apuro. Revolviendo atrás hundí las espuelas, y mi caballo se puso de un salto en la nueva fila. No vi á mi lado más cara conocida que la de Marijuán. El Conde y los demás de la legión habían desaparecido.

En el mismo instante mi caballo flaqueó de sus cuartos traseros. Intenté hacerle avanzar, clavándole impíamente las espuelas; el noble animal, comprendiendo sin duda la inmensidad de su deber y tratando de sobreponerle á la agudeza de su dolor, dió algunos botes; pero cayó al fin escarbando la tierra con furia.

IX

Viéndome desmontado, me dirigí á buscar un puesto entre las escoltas de la Artillería, ó en el servicio de municiones, que se hacía precipitadamente por los tambores entre los carros y las piezas. Al dar los primeros pasos advertí el extraordinario decaimiento de mis fuerzas físicas: no podía tenerme en pie, y el ardor de mi sangre, llegado á su último extremo, me paralizaba cual si estuviese enfermo. No es propio decir que hacía calor, porque esta frase, común al verano de todos los países europeos, es inexpresiva para indicar la espantosa inflamación de aquella atmósfera de Andalucía en el día infernal que presencié la batalla de Bailén.

Cuando me encontré á pie y á regular distancia del combate, empecé á sentir vivamente y de un modo irresistible el agujijón candente de la sed que horadaba

mi lengua y la corriente de fuego que envolvía mi cuerpo. Esto me daba tal desesperación, que de prolongarse mucho hubiérame impelido á beber la sangre de mis propias venas.

Por un rato perdí toda la exaltación guerrera y el furor patriótico que antes me dominaban, para no pensar más que en la probabilidad de beber, previendo las delicias de un sorbo de agua, y anhelando apagar aquellas ascuas pegajosas que en mi boca revolvió. Vi con gozo que desde el pueblo venían corriendo algunos hombres con cubos; pero al punto se nos dijo que aquella agua no era para nosotros: era para otros sedientos, cuyas bocas necesitaban refrescarse antes que las nuestras si el combate había de tener buen éxito: era para los cañones.

La resistencia enérgica de las dos piezas del ala derecha, combinadas con las seis de la batería central, y el auxilio de la Caballería atacando por el flanco la línea francesa, hizo que ésta fuese rechazada, á pesar de su incomparable bravura. Los enemigos se retiraron, dejándose perseguir y desposesionar por la Infantería y caballos de nuestra derecha. ¡Oh momento feliz! Ya se podía pensar en beber. ¿Pero dónde?

Después del avance de nuestras tropas, que no ocuparon de hecho las posiciones francesas por ofrecer esto algún peligro, los soldados del provincial de *Jaén* divisaron una noria, en el momento que los franceses, que durante la acción habíanla ocupado, se hallaban en el caso de abandonarla. Vieron todos aquel lugar como un santuario cuya conquista era el supremo galardón de la victoria, y se arrojaron sobre los defensores del agua escasa y corrompida que unos cuantos arcaduces arrojaban en un estanquillo. Los enemigos, que no querían desprenderse de aquel tesoro, lo defendían con la rabia del sediento.

Oí decir: «¡Allí hay agua, allí se están disputando la noria!», y no necesité más. Lancéme, y conmigo se lanzaron otros en aquella dirección; tomé del suelo un fusil que aun apretaba en sus manos un soldado muerto, y corrí con los demás á todo escape hacia la noria. Penetramos en un campo á medio segar, á trechos cubierto de altos trigos secos, á trechos en rastrojo. La lucha en la noria se hacía en guerrillas; acerquéme á la que me pareció más floja, y desprecié la vida, lleno mi espíritu del frenético afán de conquistar un buche de agua. Aquel imperio, compuesto de dos mal engranadas ruedas de madera, por las cuales se escurría un miserable lagrimeo de agua turbia, era para nosotros el imperio del mundo.

Los franceses defendían su vaso de agua, y nosotros se lo disputábamos; pero de improviso sentimos que se duplicaba el calor á nuestras espaldas. Mirando atrás, vimos que las secas espigas ardían como yesca, inflamadas por algunos cartuchos caídos allí, y sus terribles llamaradas nos freían de lejos la espalda. «O tomar la noria ó morir», pensamos todos. Nos batíamos apoyados contra una hoguera, y la hambrienta llama, al morder con su diente insaciable en aquel pasto, extendió alguna de sus lenguas de fuego azotándonos la cara. La desesperación nos hizo redoblar el esfuerzo, porque nos asábamos, literalmente hablando, y por último, arrojándonos sobre el enemigo, resueltos á morir, la gota de agua quedó por nosotros al grito de «¡Viva España!»

Aplacada la sed, corrimos hacia el campo de batalla. Ya cerca de él, pasó rápidamente por delante de mí un caballo sin jinete, arrogante, vanaglorioso, con la crin al aire, algo azorado y aturdido. Le seguí, y apoderándome de sus bridas cuando volvía, me monté en él: después de ser por un rato soldado de á pie, tornaba á

ser jinete. Busqué con la vista el escuadrón más próximo, y vi que á retaguardia del centro se formaba en columna con distancia el de *España*. Entré en las primeras filas, y en ellas reanudo mi cuento, ó si os parece mejor, mi lección de Historia.

Cuando la tropa francesa de línea retrocedió por tercera vez, extenuada de hambre, de sed y de cansancio; cuando los soldados que no habían sido heridos se arrojaban al suelo maldiciendo la guerra, negándose á batirse, insultando á los oficiales que les llevaran á tan terrible situación, el General en Jefe reunió la plana mayor, y expuesto en breve consejo el estado de las cosas, se decidió intentar un postrer ataque con los marinos de la Guardia Imperial, aún intactos, poniéndose á la cabeza todos los generales.

Desde las primeras filas de *España*, vi las masas de tropa escoltando los seis cañones de la carretera, cuyo fuego certero y terrible había sido el nudo gordiano de la batalla. Servidos siempre con destreza y al fin con exaltación, aquellos seis cañones eran durante unos minutos la pieza de dos cuartos arrojada por España y Francia, por la usurpación y la nacionalidad, en un corrillo de veinte mil soldados. ¿Cara ó cruz? ¿Las tomarían los franceses? ¿Se dejarían quitar los españoles aquellos cañones? ¿Quién podría más, nuestros valientes y hábiles oficiales de Artillería, ó los quinientos marinos?

Yo vi á éstos avanzar por la carretera, y entre el denso humo distinguimos un hombre al frente del valiente batallón, blandiendo con furia la espada; un hombre de alta estatura, el rostro desfigurado por la costra de polvo que amasaban los sudores de la angustia; de uniforme lujoso y destrozado en la garganta y seno, como si lo hubiera hecho pedazos con las uñas para dar desahogo al oprimido pecho. Aquella imagen

de la desesperación, que tan pronto señalaba la boca de los cañones como el cielo, indicando á sus soldados un alto ideal al conducirles á la muerte, era el desgraciado General Dupont, que había venido á Andalucía seguro de alcanzar el bastón de Mariscal de Francia. El paseo triunfal de que habló al partir de Toledo, había tenido aquel tropiezo.

Los repetidos disparos de metralla no detenían á los franceses. Brillaban los dorados uniformes de los generales puestos al frente, y tras ellos avanzaba sin vacilación la hilera de marinos, todos vestidos de azul y con grandes gorras de pelo. De rato en rato, como si una manotada gigantesca arrebatase la mitad de la fila, así desaparecían hombres y hombres. Pero en cada claro asomaba otro soldado azul, y el frente de columna se rehacía sin demora, acercándose imponente y aterrador. Aceleraban su marcha; iban á caer como legión de terribles demonios sobre las piezas para clavarlas y degollar sin piedad á los artilleros.

Los que asistíamos á aquel espectáculo sin ser actores de él estábamos mudos de estupor, con el alma y la vida en suspenso. De pronto una conmoción inmensa, un estrépito indescriptible señalaron el momento culminante de la refriega. Vi á los marinos de la Guardia próximos, casi tocando á las bocas de los cañones... Destrozados en el primer ataque, lo repetían sacando el último resto de bravura de sus corazones resecaos por el calor, y volvían á la carga, resueltos á dejarse hacer trizas en la boca de los cañones ó tomarlos. Nuestros soldados sacaban fuerzas de su espíritu, porque en el cuerpo no las tenían ya. Hasta los artilleros empezaban á desfallecer, y heridos casi todos los primeros de izquierda y derecha, atacaban los segundos, daban fuego los terceros, y del servicio de municiones encargábanse los paisanos...

La escena de furor y estruendo cambió de improviso... La furia se apagaba en un hondo y grave silencio... No sé lo que pasó. Corrimos fuera de la carretera; todos mis compañeros proferían exclamaciones de frenética alegría. Vi los cañones inmóviles y delante una espesa cortina de humo, que al disiparse permitía distinguir los restos del batallón de marinos. En el centro francés flotaba una bandera blanca avanzando hacia nuestro frente. La batalla había concluido.

Nuestros soldados se abrazaban. Confundíanse los diversos regimientos, y los paisanos advenedizos con la tropa. La gente del vecino pueblo de Bailén acudía con cántaros y botijos de agua. Agrupábase hombres y mujeres junto á los heridos para recogerlos. Los caballos recorrían orgullosos la carretera, y los generales, confundidos con la gente de tropa, demostraban su alegría con tanta llaneza como ésta. Los gritos de ¡viva España!, ¡viva Fernando VII!, eran sublime concierto que llenaba el espacio, como antes el ruido del cañón; el mundo todo se estremecía con el júbilo de nuestra victoria y con el desastre de la Francia, primera vacilación del orgulloso Imperio.



X

CAPITULACIÓN

Las alegrías de aquel momento sublime movían de una parte á otra un oleaje de actividad y de entusiasmo. Era como una segunda batalla en que los sentimientos patrióticos chocaban con exaltación parecida al furor de los combates. Allí había desaparecido la persona humana, fundiéndose en el hermoso conjunto de la Sociedad ó la Nación, que era sin duda la que conmovía la tierra con sus alaridos de gozo. Nos embriagaba la idea de que el ejército francés capitulaba, entregándonos todos sus hombres, todo su armamento. En un raptó de patriotismo delirante, mi amigo Marijuán me dijo: «Y ahora... que vuelva ese señor Napoleón á meterse con nosotros... Chico, ya podremos comernos el mundo. La Junta de Sevilla será una remilgada si no nos manda conquistar á París... ¡Viva España!»

De esto hablábamos cuando un acontecimiento inesperado nos llenó de estupor. Tambores y cornetas nos llamaron á ocupar nuestras posiciones, y gran número de gentes del pueblo corrían hacia las calles de Bailén. Nuestros destacamentos habían divisado las columnas avanzadas del General Vedel, que venía de Guarromán en auxilio de Dupont... ¡Ay! ¡Si llega un momento an-

tes, nos habríamos visto entre dos fuegos! Pero Dios, protector en aquel día de la España oprimida y saqueada, permitió que Vedel recalara cuando estaba convenida la tregua y se había principiado á negociar la capitulación.

Al instante mandó Reding un oficio al General francés dándole cuenta de lo ocurrido, y los enemigos se detuvieron más allá de una ermita que llaman de San Cristóbal, situada á mano izquierda del camino real, yendo de Bailén á Guarromán. Al poco rato vimos un oficial francés que llegó á nuestro campo con oficios para Reding y Dupont, y como en el Cuartel General de éste se trataba ya de fijar las bases de la capitulación, nos consideramos seguros de no ser atacados por la parte alta del camino. La acordada suspensión de armas debía afectar á todas las fuerzas que componían el ejército imperial de Andalucía.

Á pesar de esta confianza, varios regimientos, entre ellos el de *Irlanda* y el famosísimo de *Órdenes*, que tanto se había distinguido en la batalla, ocuparon el camino frente á las tropas de Vedel, las cuales, conforme llegaban, iban tomando posiciones. Sería poco más de la una cuando los franceses de Vedel, sin aguardar á que les contestara Dupont, rompieron el fuego contra *Irlanda*. Gran efervescencia y algazara y tumulto en nuestras filas. Todos querían ir, no á combatir con los franceses, sino á pasarlos á cuchillo, por violar las leyes de la guerra.

Pero la Providencia estaba de nuestra parte en aquel día. Casi juntamente con los primeros tiros de la embestida de Vedel, sonaron cañonazos lejanos, que al principio no supimos á qué dirección referir.

Era la tercera división, enviada al amanecer desde Andújar por Castaños en seguimiento de Dupont. Venía ya por Casa del Rey, y al enemigo se anunciaba

con disparos de pólvora seca. Aterrado con este nuevo refuerzo, que aniquilaría los restos del ejército si Vedel al armisticio no se sometía, Dupont dió enérgicas órdenes para que cesara el fuego de la división recién venida de Guarromán, y el fuego cesó. Con esto, los nueve mil hombres de Vedel se sometieron de antemano al pacto que ajustaba su General en Jefe.

Pasando ahora de lo grande á lo minúsculo, sabréis que nuestro amo el primogénito de Rumblar se nos perdió en lo más rudo de la batalla. Terminada ésta, y viendo la desolación de la Condesa y de las adorables niñas, Marijuán y yo pedimos licencia para salir á buscarle. Acompañados del affigido preceptor, que lacrimoso y suspirante creía encontrar á su amado discípulo entre los muertos, recorrimos todo el campo por una y otra parte, llegándonos al fin, para que nada nos quedase por investigar, á la ermita de San Cristóbal, próxima á las posiciones de Vedel.

Ya nos volvíamos descorazonados, cuando vimos que, camino abajo, hacia nosotros venía un jovencuelo saltando y jugando con la volubilidad y ligereza de los chiquillos al salir de la escuela. Á ratos corría velozmente; luego se detenía, y acercándose á los matorrales sacaba su sable y la emprendía á cintarazos con un chaparro ó una pita; luego parecía bailar, moviendo brazos y piernas al compás de su propio canto, y también echaba al aire su sombrero portugués para recogerlo en la punta de la espada.

«¡Qué ve!—exclamó D. Paco con súbita exaltación.— ¿No es aquel mozalbete el propio D. Diego; no es mi niño querido, la joya de la casa, la antorcha de los Rumbrales...? Eh... D. Dieguito, aquí estamos... venid acá.»

En efecto, era D. Diego en persona. Nos vió, y al punto vino corriendo para abrazarnos á todos con

grande alegría. Recogimos al lindo y travieso mayoral, que nos contó ridículas historias para justificar su extravío, y Marijuán y D. Paco se encargaron de devolver á su familia el rapaz inconsciente, de puro tonto, en que fundaba su futura grandeza. Yo me quedé en el campamento y me abstuve de entrar en el pueblo y de pisar la casa de Rumblar, porque la inopinada ingerencia de aquella familia en la sacratísima esfera de mi Cuento de Hadas me causaba indecible desconsuelo, como he de referir en sazón oportuna.

Las conferencias para la capitulación iban despacio. Los parlamentarios, que por Francia eran los generales Chabert y Marecot, por España Castaños y Conde de Tilly, deliberaban en Andújar, regateando con verdadero ensañamiento las condiciones de la rendición... En la tarde del día 20, recorrí con otros amigos el campo francés, observando la terrible situación de nuestros enemigos. Los carros de heridos ocupaban larguísima extensión, y para sepultar sus tres mil muertos, habían abierto profundas zanjas, donde los iban arrojando en montón, cubriéndolos luego con la mortaja común de la tierra. Algunos heridos de distinción estaban en las Ventas del Rey. Aquí y á lo largo del camino, los cirujanos no daban paz á la mano para vendar y amputar, salvando de la muerte á los que podían. Los soldados sanos sufrían los horrores del hambre, alimentándose muy mal con caldos de cebada y unos zoquetes de avena, que parecían tierra panificada.

Todos anhelaban, para salir de tan lastimoso estado, que se firmase de una vez la Capitulación; pero ésta se retrasaba, porque nuestros Generales querían sacar el mejor partido posible de su triunfo. Según oí decir aquel día, ya estaba acordado que se concediese á los franceses el paso de la Sierra para regresar á Madrid,

cuando se interceptó un oficio en que el Lugarteniente general del Reino mandaba á Dupont replegarse á la Mancha. Comprendieron entonces los españoles que conceder á los franceses lo mismo que querían era muy desairado para nuestras armas.

También alcanzamos á ver á lo largo del camino real la interminable fila de carros donde los imperiales llevaban todo lo cogido en Córdoba. ¡Funestas riquezas! Dicen algunos historiadores que el afán de no dejar atrás los quinientos preciosos carros les puso en el aprieto de rendirse, con la esperanza de salvar el convoy. Yo no creo que hubieran podido escapar con carros ni sin ellos, porque allí estábamos nosotros para impedirselo; pero, sea lo que quiera, lo cierto es que Napoleón dijo algún tiempo después á Savary en Tolosa, hablando de aquel desastre tan funesto al Imperio:

Más hubiera querido saber su muerte que su deshonra. No me explico tan indigna cobardía sino por el temor de comprometer lo que habían robado.

Firmada quedó al fin en Andújar la Capitulación llamada de Bailén, gloriosísima para nuestras armas, humillante para las de Napoleón. Yo no vi el triste desfile de los ocho mil soldados de Dupont cuando entregaron sus armas ante el General Castaños, porque esto tuvo lugar en Andújar. Á pesar de que la primera y segunda división habían sido las vencedoras de los franceses, la honra de presenciar la rendición fué otorgada á la tercera y á la de reserva. Por delante de nosotros desfilaron las tropas de Vedel, en número de nueve mil trescientos hombres, y dejando sus armas en pabellón, nos entregaron muchas águilas y cuarenta cañones.

Les mirábamos y nos parecía imposible que aquéllos fueran los vencedores de Europa. Después de haber

borrado la Geografía del continente para hacer otra nueva, clavando sus banderas donde mejor les pareció, desbaratando imperios, y haciendo con tronos y reyes un juego de títeres, tropezaban en una piedra del camino de aquella remota Andalucía, tierra casi olvidada del mundo desde la expulsión del islamismo... Ninguna victoria francesa resonó en Europa como aquella derrota, que fué, sin disputa, el primer traspies del Imperio. Desde entonces caminó mucho, pero siempre cojeando. España, armándose toda y rechazando la invasión con la espada y la tea, con la navaja, con las uñas y con los dientes, probaría, como dijo un francés, que los ejércitos sucumben, pero que las naciones son invencibles.

XI

Sabed ahora, queridos niños, lo que pasaba del otro lado de Sierra Morena en aquel mismo mes de julio. El día 7 había jurado José en Bayona la Constitución hecha por unos españoles vendidos al extranjero. El día 9, el mismo José traspasaba la frontera para venir á gobernarnos. El día 15 ganaba Bessières en los campos de Río seco una sangrienta batalla, y al tener de ella noticia Napoleón decía lleno de gozo: «La batalla de Río seco pone á mi hermano en el trono de España, como la de Villaviciosa puso á Felipe V.» El 20, un día después de nuestra victoria, entró José en Madrid, y aunque la recepción glacial que se le hizo le causara suma aflicción, aun le parecía que el buen momio de la corona duraría bastante tiempo.

Pero hacia los días 25 y 26 se esparce por la capital un rumor misterioso que conmueve de alegría á los españoles y de terror á los franceses: corre la voz de

que los paisanos andaluces y algunas tropas de línea han derrotado á Dupont, obligándole á capitular. Este rumor crece y se extiende, pero nadie quiere creerlo; los españoles por estimarlo demasiado lisonjero, los franceses por considerarlo demasiado terrible. El absurdo se propaga y parece confirmarse; pero la corte de José se ríe y no da crédito á aquel cuento de viejas. Cuando no queda duda de que semejante imposible es un hecho real, la corte, que aun no había instalado sus bártulos, huye despavorida; las tropas de Moncey, que rechazadas de Valencia se habían replegado á la Mancha, se unen á las de Madrid, y todos juntos, soldados, generales y Rey intruso, corren precipitadamente hacia el Norte, asolando el país por donde pasan.

De mí os diré que tuve que volverme á Madrid, escoltando á unas señoras que me pagaron buena soldada con tal objeto, y si ello me alegraba por cambiar de vida y de teatro (que en tiempos de guerra es har to enojosa la quietud), no fué completo mi gozo, porque hube de separarme de mi más que amigo hermano Marijuán. De éste no supe nada en algún tiempo: ya os hablaré de nuestro encuentro en el curso de estas historias, y de las inauditas proezas que él y yo en distintos lugares de España presenciámos.

En Madrid me alisté en un Cuerpo de Voluntarios que allí se formó; mas no tuve ocasión de añadir á mi hoja de servicios ningún acto resonante. Continuó la guerra, encendiéndose con nuevo ardor en el otoño del año 8. Los sitios de Valencia y Zaragoza mantenían el fuego sagrado. Napoleón, aplicando su inmenso ingenio militar á robustecer su terquedad caprichosa, reforzó el ejército conquistador, y en persona vino á traernos á su hermano José, que con los tiros de Bailén salió de aquí espantado como un conejo. Forzó

Napoleón el paso de Somosierra con hueste numerosa; sus lanceros polacos excedieron en bravura loca y en crueldades de guerra. Dueño quedó de Madrid el 2 de diciembre. Se aposentó en el palacio del Duque de Pastrana, en Chamartín de la Rosa, de donde salió para visitar á su hermano en Madrid y en El Pardo.

Y ya que os hablo del Rey José, debo preveniros contra las imposturas que el vulgo acumulaba sobre la persona de aquel buen señor, primera víctima en España de la soberbia y de la obcecación de su hermano. El patriotismo, en casos de lucha encarnizada contra la invasión, no puede repudiar ninguna forma defensiva y agresiva, y las acepta y utiliza todas, desde las más sublimes hasta las más vulgares y chocarreras... Pero pasado el tiempo, y depuestas las armas nobles así como las viles, no digáis que el llamado José I era borracho, ni tuerto, ni disoluto. Los injuriosos mote de *Pepe Botella* y *Rey de Copas* eran el arma del vejamen y de la burla, usada por los que no podían usar otra. Y debéis saber también que en su corto y adverso reinado, dentro de la redoma francesa, que absolutamente le aislaba del sentimiento español, dictó el noble José resoluciones de grande utilidad, como el quitar de en medio el Santo Oficio, reducir los frailes á su tercera parte, y otras saludables medidas. Mas era extranjero, traído por la fuerza con insolente arrogancia y menosprecio de la dignidad de la Nación.

Á mí me fué muy mal en aquella etapa de nuestra gloriosa guerra. Prendieronme por sospechoso, y en una cuerda de *pilletes* y *vagabundos* me encaminaron á Francia. Entre aquellos *pillastres* iban el gran poeta Cienfuegos, el actor Isidoro Máyquez y el afamado latinista Sánchez Barbero. Me confabulé con otros dos de la cuerda, oscuros y pobres como yo, y desplegando tanta picardía como audacia, nos escapamos antes de

llegar á Burgos... ¡Oh dicha! ¡Libertad al fin! Con unánime pensamiento resolvimos marchar á Zaragoza y pedir á la heroica ciudad tres puestos, tres fusiles y tres pedazos de pan para pelear por España.

